

PENDIENTES DE LA TELE



El de hoy no será un debate entre dos candidatos, Rajoy y Rubalcaba, para ver quién es el más guapo, como reprocha desde UPyD Rosa Díez. El cara a cara de esta noche servirá para comprobar quién de los dos afronta con mayor resolución y reflejos los retos pendientes de este país desde su responsabilidad. En esta nación en blanco y negro, con una división tan provocada en las dos últimas legislaturas, los votantes quieren ver la contienda. Es cierto que hay mucho marketing en un debate tan constreñido en las formas. Pero a la gente le gusta. Nos gusta. Y lo hemos venido re-

clamando con tanto énfasis que hemos criticado sin piedad a aquellos políticos (y algunos lehendakaris nacionalistas figuran en el archivo) que han rehuido esta prueba cada vez que preferían camuflarse en la niebla del debate soporífero e inútil de seis o siete candidatos al mismo tiem-

po en un plató. Y cuando no se producían sentíamos envidia de los lejanos americanos y de los vecinos franceses que llevan mucho tiempo siendo capaces de ver a dos adversarios políticos sostenerse la mirada ante las cámaras.

Los minoritarios protestan, con razón. Pero cuando está en

juego la composición de una Cámara de 350 escaños de los que prácticamente 300 recaen sobre el PP y el PSOE, los sufridos espectadores domésticos quieren oír a las dos grandes opciones. Y ver a sus representantes. No está escrito en ninguna parte que, el de hoy, vaya a ser el mejor debate

de la historia, como publicita el moderador Manuel Campo Vidal con la indisimulada intención de crear expectativa. ¿Por qué el mejor? ¿Acaso no fueron buenos y, sobre todo, importantes por sus consecuencias los mantenidos por González y Aznar? ¿O el de Zapatero y Rajoy? Lo que sí sabemos que va a ser el único. Y que los dos, que se conocen tanto, van a tener que hilar muy fino.

Agradecía de antemano el moderador la disposición del líder del PP a someterse al debate, porque no lo necesitaba ya que los sondeos de opinión le sitúan como futuro presidente del Gobierno. Aun así, todos saben que

un gesto inoportuno, un sudor, un temblor de manos o una vacilación, si no incide directamente en el voto, afecta, cuando menos, al debate posterior en todas las tribunas de opinión. Y como la campaña prácticamente acaba de empezar, del resultado del 'match' de esta noche se hablará durante el resto de los días.

Rubalcaba, con Bibiana Aído escondida, no podrá entretenerse en disertaciones sobre la igualdad. Deberá dar una vuelta de bucle cuando se refiera al futuro después de haber optado por sacar del armario a los jubilados de su partido, a los que sólo les faltó cantar a trío, desde el escenario

de Sevilla, 'adiós con el corazón, que con el alma no puedo'. También tendrá que ir con pies de plomo si sale el fantasma de la corrupción ahora que el ministro Blanco prefiere suspender una cita concertada con una televisión antes que tener que hablar de la 'operación Campeón'. Rajoy, sabedor de la decantación del voto joven hacia su partido, deberá dejar claro su plan para dar el cerrojazo final a la banda terrorista ETA. También, cómo piensa reducir el déficit sin tocar ni la enseñanza, ni la sanidad, ni las pensiones. Pero lo mejor de esta noche vendrá con el postdebate. A partir de mañana.